



Ella.—; Pero te has cansado ya de estudiar para ingeniero?
El.—¡ No! El que se ha cansado es mi padre.

Dib. LLOP. Burjasot.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

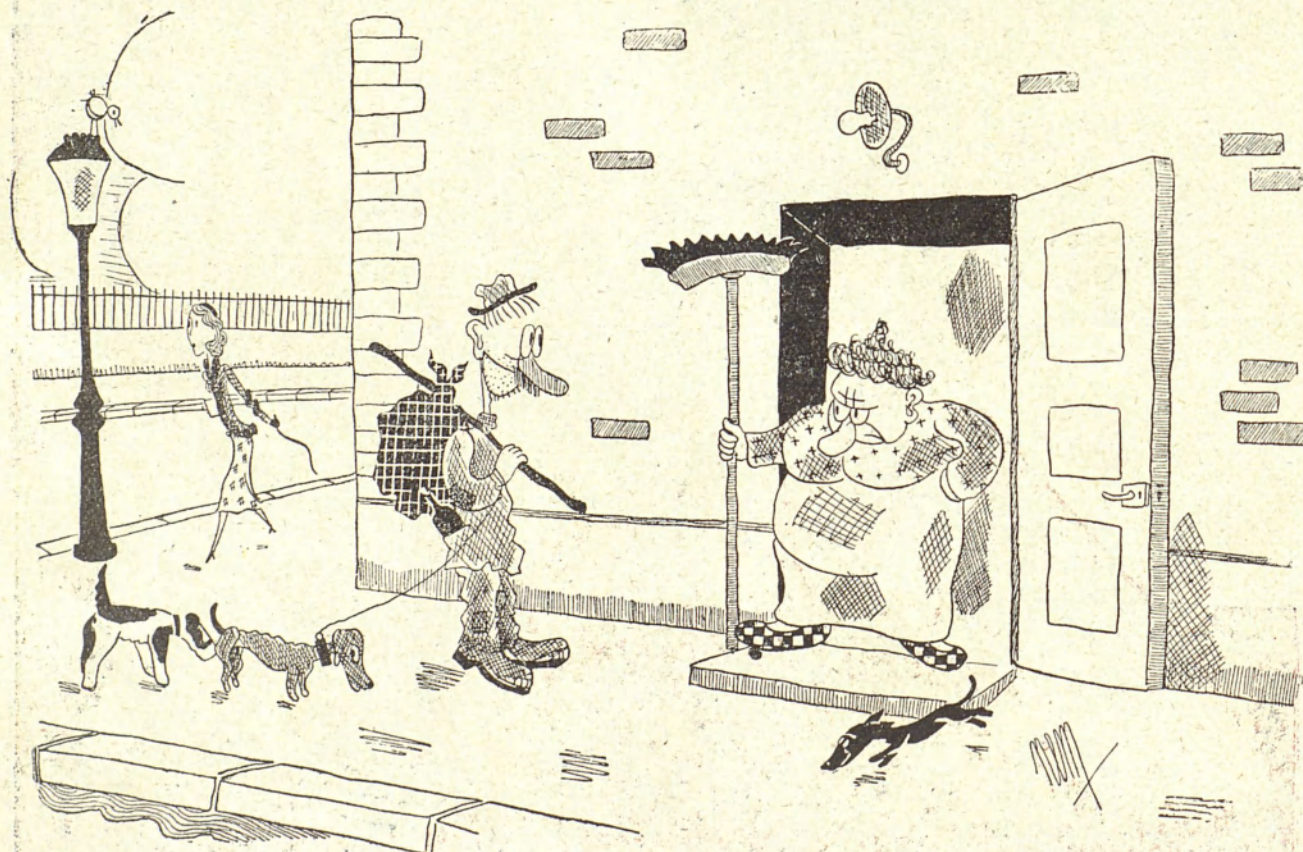
Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



—Oh! A lo mejor vendrá usted a pedir limosna...
—No, señora; vengo a pedir su mano.

(De Le Rire.)

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE NOVIEMBRE

Primera lista de solucionistas

Antonio Gudín Jarque, de Jaén.
Leoncio Mir Allende, de Badalona.
Eusebio Gascó Anta, de Laredo.
Emilio Yagüe Ordás, de Gijón.
Nicolás Paz Puig, de Puigcerdá.
Aciscio Pla Nandín, de Oviedo.
Segundo Cué Pérez, de Jaca.
Aurora Román Val, de Ansó.
Cristeta Arias Mel, de Vallecás.
Santiago Costa Pérez, de Guadala-
jara.

Luciano Landa Arce, de Santillana.
Lucinda Santiso Beider, de Tudela.
Conchita Medel Quílez, de Alba-
cete

A. Ramírez, de Granada.
Pedro López García, de Villalba.
Ventura Aguilera, de Madrid.
Aureliano Sancho Pérez, de Bar-
bastro.

Nicolás Ramos Bueno, de Uncas-
tillo.

Milagros Nistal Po, de Reinoso.
Saturnino Hevia López, de Gra-
nada.

Quintín Pacios Gil, de Carabanchel.
Rufino Quintero Sanz, de Soria.
Fidel Vega, de Madrid.

Antonio Mata Soler, de Jaén.
Angel Arias Lastra, de Carmona.
Nicasia Serna López, de Cádiz.

Juan José Mota, de Toledo.
Mary Quintá Duro, de Avila.
Manola Morais Herrera, de San-
tander.

B. Ibáñez, de Valencia.
Segundo Lumbrera Gil, de Badajoz.
Sotero Fisac Deza, de Ciudad Real.
Manuel Tomás Peris, de Pamplona.
Pedro Ramos Soto, de Vitoria.

Leocadio Fernández Abascal, de Je-
rez.

Laura Muñoz Picar, de Melilla.
Augusto Siurana Ruiz, de La Co-
ruña.

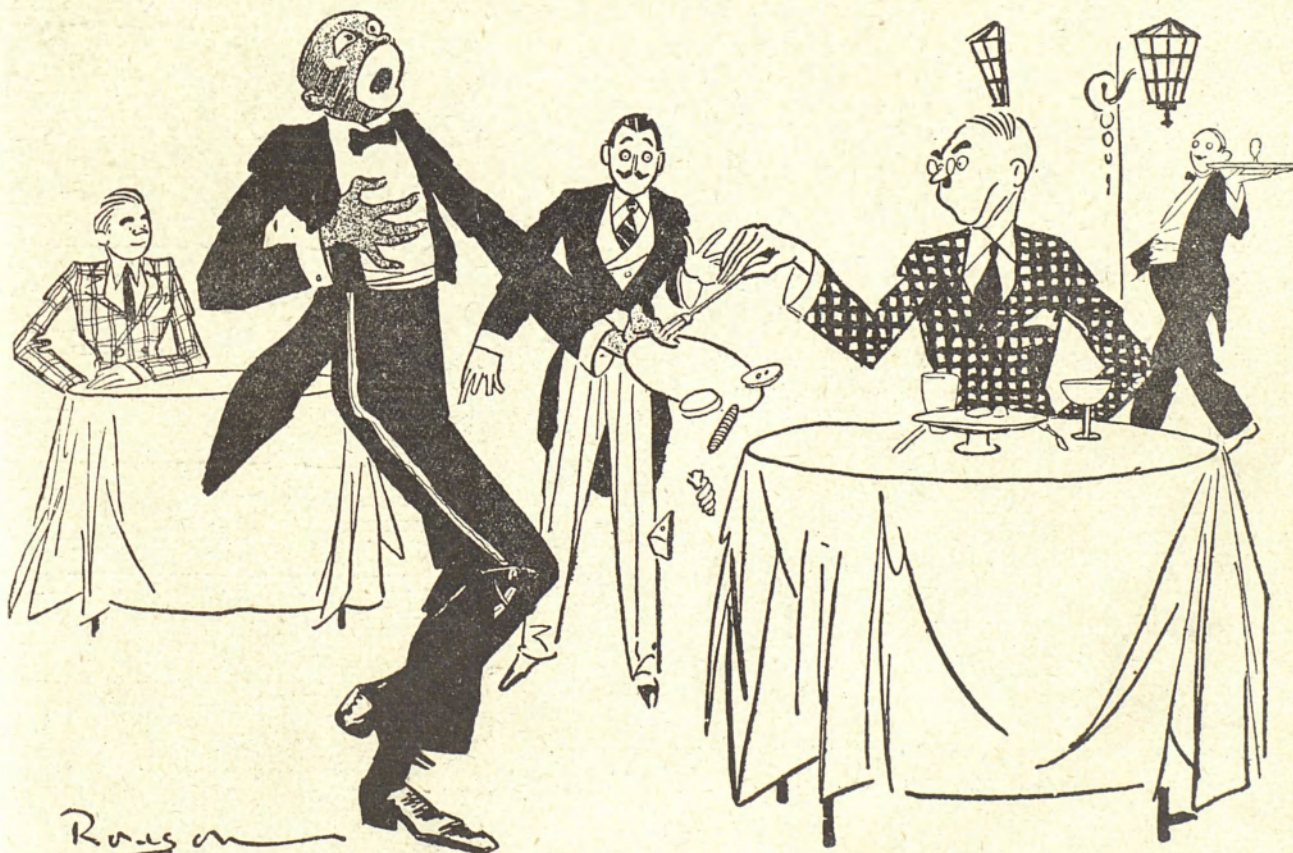
Joaquín Ruiz, de Laracne.
Miguel Roca, de Madrid.
Justino Cuevas Bustamante, de Bil-
bao.

Trinidad Carreras Cembrano, de
Segovia.

Aurelio Pérez Amador, de Valla-
dolid.

Germán Santos Martín, de Loe-
ches.

Manuel Ruiz, de Larache.
Felipe Sánchez Todo, de Toledo.
Lucio Cereceda Nieto, de Zamora.
Fernando Parlé Sancho, de Palen-
cia.



El señor miope que quería tomar un pastelito de chocolate...

(De Kvitko.)

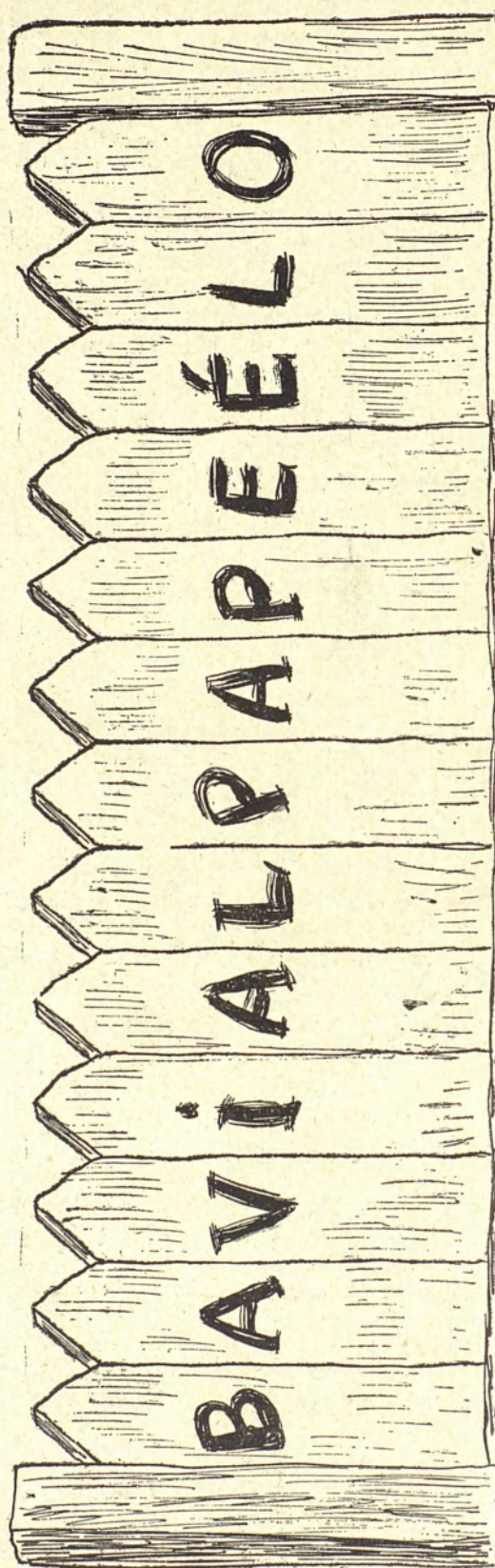
Nuestros Concursos

EL DEL MES DE DICIEMBRE

¡Ojo, señores! Nos encontramos a la vista del tremebundo concurso correspondiente al último mes del año, al mes de diciembre, como ya se habrán dado cuenta. Se trata de lo siguiente: En una céntrica calle de esta Muy Heroica Villa, existía hace años una valla de madera muy semejante a las demás vallas de madera. Pero ésta tenía la particularidad que una mano desconocida, al par que mugrienta, había escrito una frase que pronto se hizo popular y frecuente. Al edificarse el solar a que pertenecía la valla, ésta fué desmontada. Las maderas fueron vendidas, y al cabo de los años, acopladas a otro solar, donde actualmente presta sus servicios en la forma que ustedes ven. Ahora bien, el letrero famoso y popular, estaba de la forma que pueden contemplar a la derecha. Si alguno de nuestros lectores y lectoras recortan, reconstruyen y nos envían el letrerito, se llevarán una alegría, al par que

100 PESETAS

que, como de costumbre en nosotros, constituyen el premio de concurso presente. ¡Ah! El concurso se cierra para siempre el día de San Silvestre, 31 de diciembre, a las doce menos cuarto de la noche, para que nos dé tiempo de ir a la Puerta del Sol a comer las uvas.



PÁGINAS AMARGAS

EL LAMENTABLE FINAL DE UN JUSTO

Ustedes no pueden saber (aunque dentro de un poco lo sepan, porque se lo va a decir este modestísimo servidor que les ha salido hace ya tiempo) que el ilustre vecino de Madrid Pancracio Quiñones era un católico de lo más exagerado y de lo más catequista que pululaba por el mundo. Santa Teresa de Jesús, comparada con él, era un Robespierre con faldas; y Raquel Meller, a pesar de haber visitado hace cuatro años al Papa y de haber tenido la atención de no recitarle ningún cuplé, resultaba una romana profana y ligeramente caprichosa si se la parangonaba con el humilde y aludido Pancracio.

Insisto, pues, en que el referido Quiñones era un católico rabioso, en que iba a misa incluso a horas en que los sacristanes no le querían admitir, y en que observaba todos los mandatos del Dogma con una unción y un recogimiento que era el asombro de su familia y de las familias de los demás. Su libro preferido era la Biblia en pasta; temía a Satanás más que a su casero, y llegó a retirar el saludo a Romanones desde el momento que supo que hablaba bien de Fernando de los Ríos y se acostaba tarde, lo cual hacía que no pudiese dormir más que cinco horas, de cuyas cinco no podía dormir a pierna suelta ni un minuto (¡y esto de la pierna no hacía falta que yo lo dijera, porque ustedes ya lo tendrán suficientemente observado y discernido!).

Pero, ¡¡ay!! como todo fiel cristiano, Pancracio Qui-

ñones era un inmundo pecador y fueron innumerables las veces que tuvo que posternarse humildemente ante el confesor, en solicitud de la absolución de sus culpas o de una penitencia que no fuese demasiado ardua y fatigosa.

Debo decir, sin embargo, que los pecados de Quiñones no traspasaron nunca el límite de las conveniencias sociales y que los reverendos sacerdotes que tuvieron la benevolencia de oírle no llegaron a ver, en sus excesos livianos, gravedades de esas que hacen prorrumpir en anatemas y en ¡vade retros! y en el espantoso grito de ¡tu

alma está maldita!, que es la forma parlamentaria que tienen los párrocos indignados de decir ¡maldita sea tu alma! sin perder la ecuanimidad ni la paciencia inherentes al cargo.

En resumen: que Pancracio Quiñones era un católico envidiable, que pecaba poco (por lo cual sus vecinos le llamaban el *poco peco*) y que se confesaba con todas sus fuerzas en cuanto pecaba algo.

Producto de esta observancia ciega de las prácticas religiosas, fué la confesión que se vió obligado a verificar hace algunos meses, teniendo

en cuenta la Cuaresma que entonces se estaba desarrollando y teniendo en cuenta, también, unas cuantas villanías que tenían anonadada su conciencia y sobresaltado a su corazón. No era casi nada lo que tenía que confesar, como ustedes verán, pero Pancracio no durmió tranquilo ni respiró satisfecho, ni anduvo por la acera que le correspondía, hasta que el bondadoso confesor le dijo que, en efecto, la cosa no valía la pena de apurarse ni era asunto para haberle molestado a él tan temprano.

Una de las cosas que más trágicamente habían conmovido el sensible y blando espíritu del amigo Quiñones, era el no haber comido pescado el último viernes. Al referirlo contrito, confuso, conolido y con franqueza, temblaba su voz y se asomaban a sus ojos las lágrimas, como si pasase algo. Pero, según el sacerdote, no debieron asomarse, porque no pasaba nada de particular... Es verdad



Dib. SILENO. Madrid.

que Pancracio no había comido pescado el viernes consabido, pero el cura no lo había podido comer tampoco, por la misma razón: porque la merluza estaba a seis pesetas el kilo; la raya, a seis y media, y el salmón, a un precio que pasaba de la raya.

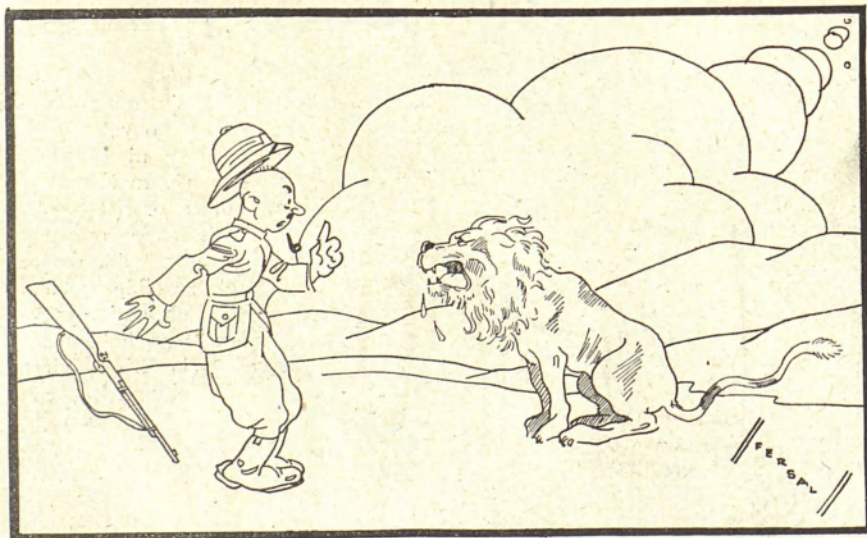
Tranquilizada su conciencia, hubieron de quedar de acuerdo su confesor y él en que en estos tiempos de crisis huelga el aviso de que hay que ayunar determinados días, por la refulgente razón de que ayunamos todos a diario con una perfección que es una preciosidad. Más todavía le dijo a Quiñones el clérigo bondadoso: que si estaba enfermo o tenía un poquito de bula, podía comer carne sin temor. Inútil es advertir que Pancracio no utilizó este permiso, teniendo en cuenta que el solomillo estaba en una situación aún más inaccesible que los peces de la mar. Comprendió así el sacerdote, diciendo que realmente, los que tenían bula, eran los carniceros y pescaderos, y que el remedio no estaba en la bondad del cielo, sino en las disposiciones del alcalde.

Siguiendo el curso de sus pecados, el acendrado Quiñones hubo de notificarle al sonriente párroco que había incurrido en la debilidad de desear a una mujer de su prójimo. El confesor se puso serio, pero acabó por echarse a

reír cuando el otro añadió que su prójimo le había atizado tres estacazos en las costillas, aparte de haber depositado otros tres en la costilla suya, con lo cual resulta que Pancracio salió ganando. Fué absuelto de este pecado en el momento de decir que, además de los golpes de palo, había sido víctima de un golpe de mano (ni más ni menos que si estuviese en la guerra), golpe de mano que, aunque los profanos lo llamamos una torta, el sacerdote lo llamó castigo de Dios. Y lo que acabó de decidir a éste al perdón de penitente, fué que Quiñones le hizo saber que, al recibir la primera bofetada (porque fueron varias), pensó poner el otro carrillo, según el mandato evangélico, si bien el ofendido prójimo se adelantó dos o tres minutos a su pensamiento, aunque esto no quita ningún mérito al gesto heroico del preopinante.

Y como con esto quedó terminada la confesión de nuestro amigo, el distinguido economo le despachó amablemente con una palmadita en la espalda recomendándole que, en materia de señoras, anduviese con todo el tiento posible para evitarse disgustos gordos, y garrotes más gordos todavía.

Y no pasó más.



—Este debe ser pariente de los del Congreso. Voy a preguntarle si se ha solucionado lo del divorcio.

Dib. FERSAL. Madrid.

Pero cuando verdaderamente pasó algo, que no debo pasar en silencio, fué un poco después.

Pancracio Quiñones cayó un día enfermo, de tan brutal gravedad, que su familia y el médico convinieron en que había llegado el momento de la fatal e inevitable hincadura de pico.

Quiñones se dió cuenta de su próximo fin, y, fiel a su exacerbada religiosidad, solicitó un sacerdote, aunque fuese transeúnte, para descargar su pecho de sus póstumas culpas.

Lo malo fué que su familia era tan laica y descreída cuanto cristiano y feligrés era él; y como el sacerdote urgía y no había ninguno cerca, creyó que con una infame superchería podía cumplir con el moribundo.

Y la superchería consistió en rogar a un amigo allí presente (un tal Facundo Garriga) que se prestase a hacer de sacerdote, fingiendo la voz y amparándose en la cavernosa oscuridad que había en la alcoba del diñante.

Y el pestilente ateo de Facundo Garriga no tuvo inconveniente en acceder a la incalificable mixtificación.

Pancracio Quiñones empezó a confesarse con el fresco de su amigo, pero a los pocos instantes se armó allí el siguiente lío:

—¡Padre mío!—exclamó Quiñones—. ¡No quería llevarme a la tumba el pecado mayor de mi vida! ¡¡He engañado vilmente a mi amigo Facundo Garriga haciendo a su esposa objeto de unas atenciones incompatibles con lo que ordena la ley vigente!!...

Y, ¡claro!, al oír esto Facundo Garriga, se precipitó sobre el agonizante y abrevió su agonía con unos cuantos mamporros, asestados con tan horrenda energía, que aquello fué la caraba.

Pero Pancracio, al expirar, tuvo la nobleza de decir, con sublime arranque:

—¡¡La mano de Dios!!...

Parecía que no quería darse cuenta de que era otra mano la que le estaba poniendo totalmente inservible.

ERNESTO POLO.

PRUDENCIA Y CUIDADO

Refieren los periódicos que en cierto humilde hogar situado en barrio céntrico, un padre... (Pepe o Juan), con un arma mortífera que examinaba, ¡plaf!, a su hija queridísima hirió de gravedad.

Llevaronla a la clínica más próxima, en la cual, reunidos varios médicos, la hubieron de apreciar en plena región *glúteda* (robusta por demás) un orificio cónico..., a más del otro que hay.

El tal padre perdóneme; pero ir a examinar un arma y hacer víctima, con ligereza tal, a una mujer sin máculas y joven, además, no tiene, en buena lógica, disculpa, la verdad.

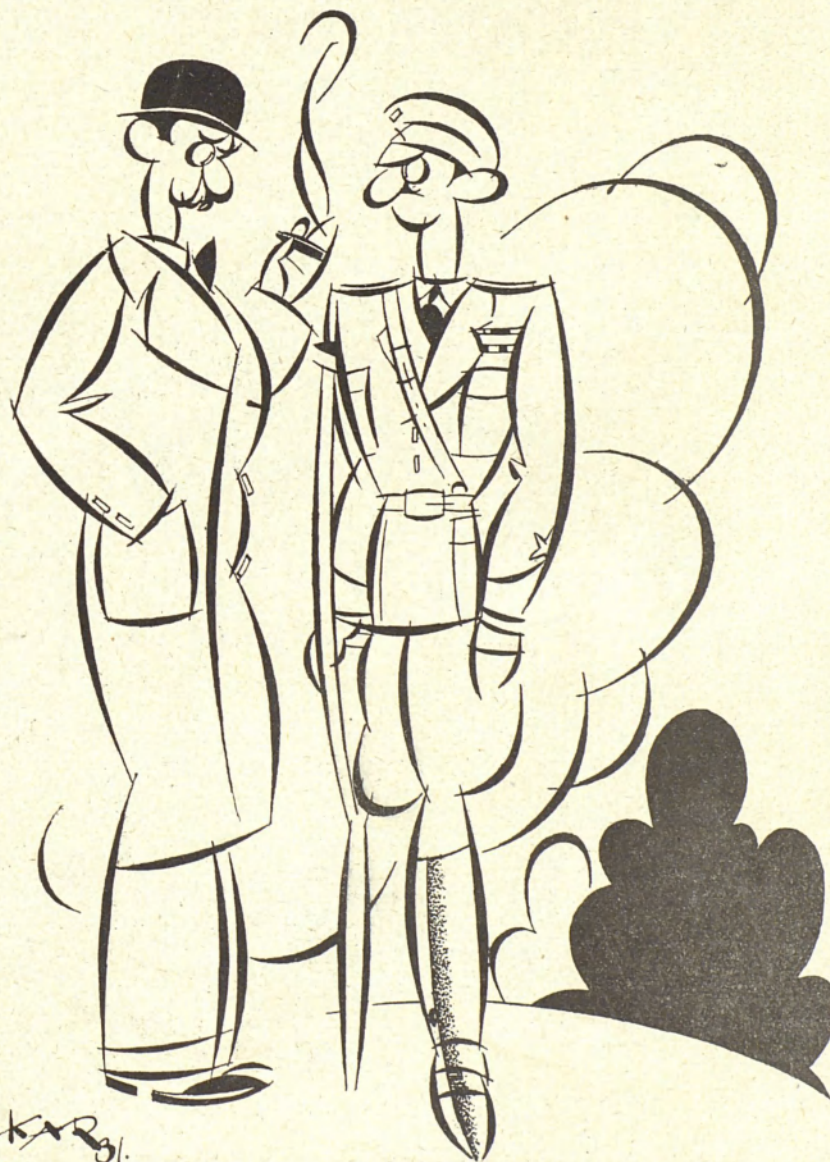
Lo cierto es que repítense los casos, ¡qué caray!, y son miles de prójimos los que, sin más ni más, perecen, quizá jóvenes, por la costumbre audaz de examinar revólveres sin precaver el mal.

Y si es triste que un bárbaro reviente a quien está con él, por un estúpido descuido, que jamás el agresor perdónase (pues puede resultar el otro hecho partículas del tiro que le dan), peor es cuando un párvulo se encuentra en un vasar, oculta entre las jícaras, una pistola, y va y se atraviesa el hígado contra su voluntad, haciendo verter lágrimas a su infeliz mamá.

Por eso, aquí y en Génova, y en Móstoles y en Dax, este consejo práctico debéis siempre observar: «No examinéis revólveres, ¡oh, amigos!, por piedad, pues, ¡ay!, de esos exámenes

se suele salir mal..., como en los casos múltiples de Alcázar de San Juan, de Córdoba, de Liérganes y de Galapagar.»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—El mismo día que me hicieron alférez me hirieron.

—¡Caramba! Sí que fué mala estrella.

Dib. KAR. Valencia.

SOPA DE LETRAS

A B C

J

B

T

L

I

S

X

W

D P P

Y W

N P U

R I P

G

¿QUIERES CASARTE CONMIGO?

¡K!

1 auto anda
120 km por hora
¿cuantos lio
mata por
minuto? = p

OCUPADO

BUEN UMOR

=ABC=

Ayuntamiento de Madrid

dore
hab
dern
han
ce,
la
cap
linc
boc
ran
a la
las
I
dos
for
si

LECCIONES PSICOLOGICO-SOCIALES QUE OFRECEN LOS "SACAMUELAS"

Nosotros nos detenemos con frecuencia—no tanto como debiéramos—delante de los vendedores callejeros, de esos que hacen oratoria a fin de ganar dos reales.

Aconsejamos al lector que haga lo mismo. Se aprenden muchísimas cosas. Pongamos, como ejemplo, tres lecciones.

El vendedor, ante todo, comienza a preparar su tingladillo; coloca en el suelo una caja, saca de una cartera cualquier cosa y comienza a perorar, haya o no haya gente. Al medio minuto la hay. La función crea el órgano.

Ejemplar este detalle... En el principio fué el Verbo. Y todo verbo es principio. Si quieres hacer algo, habla y habla... En cuanto hay alguien que abre la boca para hablar, hay a su alrededor muchos que abren la boca para escuchar.

Porque hay quienes, para escuchar, abren la boca. Son los que menos escuchan. Si escucharan de verdad, se les abriría también, efectivamente, la boca. Pero se les abriría de bostezo y no se les quedaría así, como se les queda, abierta. Los boquiabiertos no escuchan, aunque otra cosa parezca, al que los habla: no escuchan más que el ruido o cosas insospechadas... Si escucharan y entendieran, se les pondría cara de comprensión y no cara de papanatas.

Pues bueno; estos hombres vendedores comienzan, como decimos, por hablar, aunque no tengan a nadie en derredor, y al medio minuto escaso han surgido de la tierra doce, quince, treinta, ciento, capaces de abrir la boca, les diga lo que les diga, y capaces de tragarse las ruedas de molino más enormes. Por a'go abren la boca los que oyen: porque se preparan a tragar y abren de par en par, a las primeras de cambio, el portón de las tragaderas.

Esta lección no deben olvidarla todos los que quieran hoy decidirse a formar un partido. No se ocupe de si tiene o no tiene alrededor gente

que vaya a seguirle: hable y habrá. No piense lo que tenga que decir; no piense si hay quien oiga... No piense; ni en eso ni en nada... Hable... Hable nada más... Hable por los codos, que los otros oirán por la boca...

La segunda lección es la siguiente:

El vendedor comienza, por ejemplo, a tragarse recortes de periódicos y monedas de calderilla... ¡Qué símbolo, Dios nuestro!... ¡Qué alegórico!... ¡Cómo tuvo razón el que dijo que todo en el mundo es símbolo!...

...Todo es símbolo, no hay duda... Lo que pasa es que, a veces, no sabemos si el símbolo es uno o es otro; pero que alguno es, no cabe duda; y a veces son varios... ¡Eso!...

En este caso, en efecto, pueden ser varios los símbolos; puede haber, en ese caso, varias significaciones... Puede que ese hombre quiera dar ejem-

plo; ofrecer el ejemplo más patente de la credulidad de estos tiempos: el de tragarse y tragarse sin cesar todo cuanto dicen los periódicos... Puede que no quiera hacer eso y sea simplemente que se nutre con el comestible literario procedente, a fin de tener en el buche los giros oratorios que vaya a soltar después, acto seguido.

Porque, en efecto, el hombre, al poco rato, ofrece su mercancía «propaganda de la casa» con unas frases de lo más literario y retórico que puedan ustedes nunca haber leído en los más acreditados peluqueros que rizan el lenguaje y que lo adornan con ondulaciones permanentes. «Si algunos de ustedes, señores—decía un tribunicio callejero, hace unos días—, han pensado o pensarán, o, acaso puedan pensar...» ¿Eh, qué tal? ¿Hay o no pendolismo de la frase? «Porque ustedes dirán: «Sí, desde luego: usted viene a ofrecernos este artículo...» ¡Ah, no; jamás, señores; yo no soy ni seré nunca de los que...»



—Su amigo Polín me dijo que tenía un título. La verdad es que se le nota en seguida que descende de aristócratas.
—¡Ca! ¡Si el título que tiene es de chófer!

Dib. DEL RÍO. Barcelona.



—¿Qué es lo más difícil del piano para ti?
—Pagar los plazos.

Dib. OSCAR. Madrid.

No hay ninguna diferencia entre la oratoria a puerta cerrada y leones a la puerta, y esta otra oratoria de los «hombres de la calle» con leones de calderilla al barato.

Esta es la segunda lección.

Y, por último, la tercera.

El vendedor apela a un procedimiento extraoratorio. Comienza por hacer experimentos; por establecer, en un proemio, lo que se pudiera llamar «Introducción al prodigio». Tiene por objeto preparar a las personas para que se dispongan a esperar lo sorprendente; a esperar y apetecer lo incomprensible.

El vendedor ha sacado del bolsillo,

unas veces, un conejo; otras veces, un huevo. Y un pañuelo. Y una caja. Ha puesto en la caja el huevo; o ha puesto en la caja el conejo. Ha tapado la caja con un pañuelo y ha dicho que el conejo—o que el huevo—va a desaparecer dentro de poco.

¿Será posible aquello?... En medio de la calle; con tanta gente mirando; encima del santo suelo, donde no puede haber trampa, ¿será capaz aquel hombre de evaporar el conejo? Aquello, sin duda alguna, requiere un poco de tiempo... No se volatiliza un conejo en dos minutos... Mientras el prodigio se opera, el vendedor, a fin de entretener a sus clientes, va a dar cuenta de un prodigio más grandioso: una pluma estilográfica, un reloj, una hermosa cartera

de piel y una boquilla irrompible por sólo 0,70.

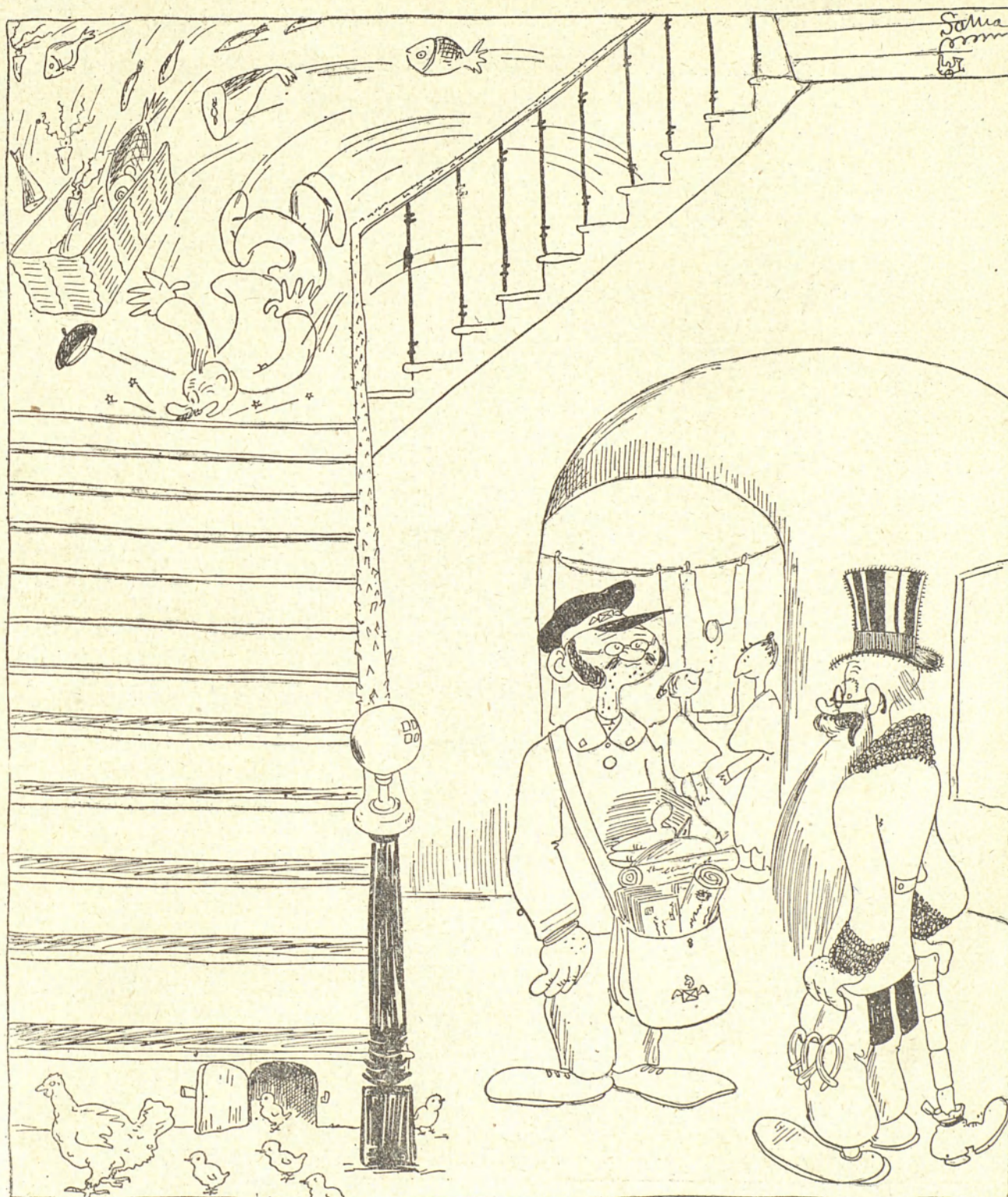
Comienza su discurso el vendedor; comienza a cobrar setenta de unos y otros; y al cabo de dos horas, se retira, sin que nadie diga ya: «Pero bueno, ¿y el conejo?...»

¿Qué importa ya, después de todo, aquel prodigio primero, si ha venido después otro prodigio: el de vender todo aquello por menos de una peseta? Un prodigio: que lo vendan y que puedan ganar, si aquello sirve, en efecto, para algo; otro prodigio es que engañen siempre, eternamente y a diario, sin que nadie haya protestado... El prodigio primero que esperaban no les importaba ya... Sin él no se hubieran acercado; pero, una vez que esperaron el milagro y que creyeron de antemano, a pie juntillas, que el conejo se evaporaría, ¡ya no les importa saber si así ocurriría, en efecto! Dieron crédito al vendedor, quisieron tanto creer en que era cierto y les gustó tanto asombrarse ante la posibilidad de que fuera, que dan por supuesto que es...

Promete milagros, *leader*; conductor de muchedumbres, ¡no te achiques! ¡Promete siempre prodigios!... Tú estarás oyendo a diario que «la fe se ha muerto ya»; que «las creencias religiosas y otras hierbas son antiguallas que mueren»; que «la luz del progreso ha disipado las tinieblas de la superstición»... ¡Ríanse ustedes de eso!... Hoy les parecerá anticuado y retrógrado a muchísimas personas creer en el Dios de siempre; pero, en cambio, hay más capillas que nunca y se cree en el primer infundio que inventa un cualquiera en Nueva York o en el templo espiritista H o B de Alemania o de la China. Creer en San Pablo es cavernícola; pero creer en las fotografías de los fantasmas y en las materializaciones ectoplásmicas está a la orden del día... Creer en que un conejo desaparezca por milagro divino, es cavernícola; pero creer que desaparecerá, seguramente, si nos lo asegura y promete un vendedor que va a sacarnos los cuartos ofreciendo gangas, eso existe, persiste y es eterno...

Daremos más lecciones. Pero hoy, no; tres por 0,40, ya está bien. «Propaganda que hace la casa...»

MANUEL ABRIL.



- ¡Qué fastidio! Tener que subir ciento cuarenta escaiones.
 —Pues haga lo que yo.
 —¿Qué es lo que hace usted?
 —Subirlos de dos en dos y así sólo hay setenta.

Dib. SAMA, Madrid.

LE DEBO A USTED LA VIDA

NOVELA RÁPIDA, DE UN FONDO MORAL IMPONENTE

CAPITULO PRIMERO

¡AQUÍ ESTÁ EL HÉROE!

—¡Cuidado!—advirtieron dramáticamente los transeúntes de la acera izquierda, arrojando con rapidez ese aviso, siempre tardío, que es como el salvavidas que se le tira al naufrago de la calzada.

—¡¡Cuidado!!—reiteraron los transeúntes de la acera derecha, desde el malecón de pavimento continuo.

Por suerte para el naufrago—ya casi entre las mandíbulas de un 40 HP. sin preocupaciones—alguien, más diligente y marinerero que los teóricos de la alarma, se tiró a la calzada, agarró al peatón distraído, lo empujó con violencia y así pudo

librarlo de la voracidad del auto, que al verse despojado de su presa, siguió su camino lanzando feroces aullidos de rabia.

—Caballero, me ha salvado usted la vida.

—Si la vida le sirve para algo razonable, créame que lo celebro muy mucho.

—¿Tiene la bondad de darme su nombre y las señas de su domicilio?

—Ahí va una tarjeta algo amarilla.

—Ahora una pregunta, señor: ¿es usted soltero?

—Lo fui.

—¿Casado entonces?

—Irremediablemente.

—¿Cuántos hijos?

—Dos de más.

—¿Pequeños?

—Por el momento, sí. El mayor, ocho pares de zapatos todos los meses. Cuatro por año.

—Si usted me lo permite, mañana tendré el gusto de pasar por su casa para ofrecer a los pequeños unas menudencias.

—¡Oh!

—Es inútil que proteste. Le debo la vida y soy agradecido... Además, no vale la pena... ¡Por unas menudencias!...

CAPITULO II

ALUBIAS, GRANDEZA Y UNA DUDA

Esta noche el descenso esofágico de las judías se desarrolla con un empaque fuera de uso.

El diálogo—entonado, denso—cruza de un lado a otro de la mesa sin pausas, sin paréntesis masticatorios, sin que haya que gritarle: «¡oí!», para que salga de detrás del paredón del periódico.

—Así que fuiste tú, ¡tú!—reitera la mujer del héroe—, el único que se atrevió a salvarle la vida.

—Sí hijita. Yo mismo... Anda, ponme otra cucharada de alubias.

—Ahora voy... Y, por lo visto, en el preciso momento en que el auto iba a cargárselo.

—En ese preciso y prodigado momento... ¿Has echado clavo a estas judías?

—No tienen más que cebolla, pimentón y laurel. Lo de costumbre.



—Préstame diez duros, te los devolveré esta tarde mismo. Tienes la palabra de un hombre honrado.

—Bueno, pero tienes que traerme a ese hombre.

Dib. TAULER. Madrid.

—Pues yo juraría que...
—Oye, Dimas.
—Dime, Angustias.
—Anda... ¡cuenta otra vez cómo ocurrió!

—¿Qué?

—El salvamento.

—¿Entero?

—¡Sí; todo, todo, todo!... No te dejes nada, ¿eh?... Niños, escuchad a vuestro padre... Empieza, Dimas.

—Pues, veréis... Salía yo del estanco de la calle de Alcalá, donde había entrado a comprar un librito de papel «El bombero». En aquel momento el paso de peatones estaba cortado, así que me detuve en el borde de la acera para leer los anuncios luminosos, que, como sabéis, es una de las cosas que más me divierten... De pronto, «¡Aaaaay!», oigo un grito estremeedor, miro y veo...

El relato, no por muy repetido, decae en interés. La representación novecientos ochenta y siete sigue produciendo un efecto enorme en el auditorio. Entre cucharada y cucharada de alubias, la epopeya emerge vibrante, conmovedora, intensa.

Gracias a la altura moral en que el jefe de familia se ha colocado, los niños suspenden el bombardeo cotidiano del pan y la escaramuza india en que las espinas del besugo silban como flechas veloces.

Esta noche la cena avanza seria, digna, respetuosa.

Una cena de héroe a la vuelta.

Sólo una inquietud.

—Dimas, ¿tú qué crees que les traerá a los niños?

—¡Psch!... Vete tú misma a saber.

—El dijo que unas menudencias, ¿verdad?

—Eso dijo.

—Pues yo espero que les regalará algo bueno.

—Lo mismo espero yo.

CAPITULO TERCERO

HEROÍSMO RECOMPENSADO

A las seis de la mañana, todo el mundo, lavado y cepillado, huye delante de la escoba diligente que esgrime Angustias.

El padre y los cuatro niños, desgajados del sueño sin contemplaciones, saltan desde la alcoba al pasillo, desde el pasillo al comedor y desde el comedor al gabinete como otro papel más.

Son tres horas febriles hasta ver reunidos y relimpios en el comedor de

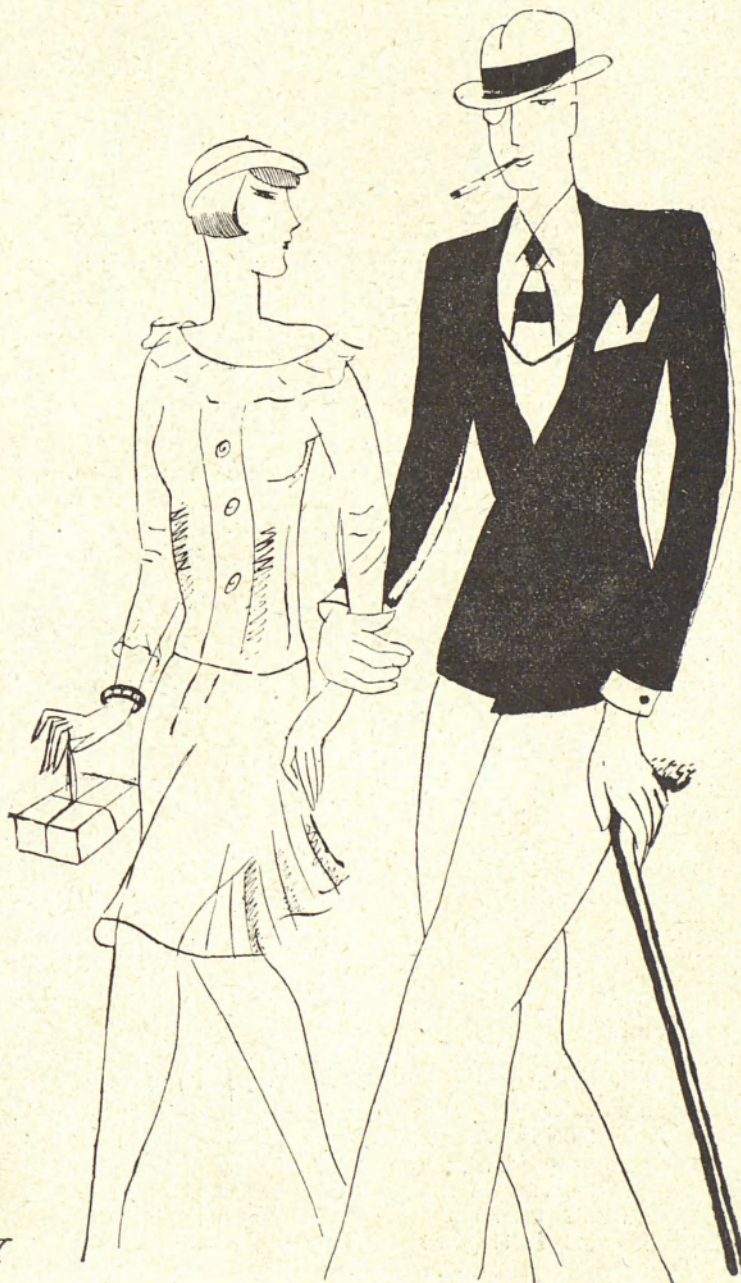
la casa—sobre la mesa, en el piano, por el aparador, encima de la máquina de coser—todos los jarros de cristal, todos los bibelotes de porcelana, todos los floreros, vasos y cacharros de la casa.

Una hermosa perspectiva de afanes y de paciencia se ofrece al señor atropellado cuando, al morir la última campanada de las diez, hace su bri-

llante aparición vestido con un fastuoso traje de cow-boy, dos pistolas al costado izquierdo, dos al derecho, una a popa, y en la percha del abdomen el aro maleable del lazo...

En el comedor se produce un ligero desconcierto.

—No me habías dicho que el señor derribara vacas—reprocha la mujer a media voz.



—¿Por qué no quisiste comprarme aquel juego de te tan bonito?
—¡Hija! ¿Pero no sabes que hace la mar de tiempo que han prohibido el juego?

Dib. EGA. Madrid.

—Hija mía, ayer por lo menos no las derribaba.

—Pues ese traje...

—Para mí es tan inédito como Torcuato Tasso. Esperemos...

A las diez y cuarto, despejado el humo de los elogios y de los agradecimientos, el caballero salvado pide permiso para ofrecer a los niños las anunciadas menudencias.

¡Pim!... ¡Pam!... ¡Pim, pam, pim, pam!... ¡Toc, toc, toc!...

Cada bala que se emancipa de las pistolas es un muñeco sin cabeza, un florero que salta hecho pedacitos o una llave de la luz que se deshace herida en mitad del corazón...

De verdad. Aquel hombre tenía muy bien ganada su fama de tirador y no era extraño que para presenciar

su número se llenara todas las noches el circo.

Algo maravilloso, no ya para los niños, sino para las personas crecidas en lucha con la barba.

... ..

A las once menos cuarto el lazo silba como una serpiente, en busca del centro de mesa, de las macetas, de la cristalería y de los aparatos de luz. ¡Asombroso!

Cada salto de la cuerda es contestado en la calle, al llegar a ella los objetos capturados y despedidos por el rectángulo del balcón, con un crujido afirmativo, una explosión irrefutable o un revuelo de notas cristalinas en fuga...

¡Un verdadero pasmo!

... ..

A las doce, las *menudencias* palidecen por falta de *blancos*.

En vista de ello, el agradecido visitante ofrece:

—Si a los niños les distrae, puedo hacer media hora de volteo. He dejado el potro en la portería...

Pero ante la negativa cortés del dueño de la casa:

—¡Hombre, son demasiadas molestias para usted!... ¡Otro día!...

El obsequioso cow-boy concede:

—Es mejor, tiene usted razón. Así ese día me traigo los cuatro osos y los nueve leones, ¿eh?...

Y abrazando una vez más a su heroico salvador, sale de la casa con la sonriente felicidad del que deja sembrada una buena cosecha de alegría.

L. PIELTAIN.

EN DEFENSA DEL GATO

Un distinguido doctor a quien el gato no es grato, pide, lleno de furor, que acabemos con el gato cuanto más pronto, mejor.

Porque el tal doctor opina que el minino, lo mismo que la minina, es un animal dañino, y fundado en tal creencia hoy fulmina esa terrible sentencia contra la raza felina.

¿Dañino el gato? ¿Por qué? A ver: explíquese usted: ¿en qué motivo o razón funda tal afirmación?

Yo protesto de esos juicios, que tacho de intemperantes, pues no es noticia reciente que el gato presta servicios relevantes.

Sí, doctor; en el momento presente, el gato es un servidor de la Humanidad doliente.

El gato, como es sabido, da en casa más de un buen rato, porque, ¿quién no se ha reído con las cosas que hace el gato?

¿Quién no ríe si repara en esa gracia infinita con que se lava la cara cuando barrunta visita?

¿Quién con sus persecuciones,

que realiza a todas horas, nos libra de los ratones que asustan a las señoras?

¿Qué es muy ladrón? Bueno ¿y qué?

¡Ese es su mayor encanto!

¡También San Dimas lo fue y, no obstante, llegó a santo!

¿Que tiene más de una maña censurable? ¡No es noticia!

¿Y que araña siempre que se le acaricia?

Por eso yo no he de ser quien al gato arme querella,



—¿Es de usted este gato?

—¿Ha arañado a alguien?

—Sí, señor: a mi hijo.

—Pues entonces, no es mío.

Dib. ALA. Barcelona.

¡que igual hace la mujer, y nos morimos por ella!

* * *

Sí, doctor, yo tengo un gato precioso, que aunque es ladrón y goloso, ¡hoy es él mi único amor!

Es listo como una ardilla; su carácter no es adusto, y al olor de la cordilla se vuelve loco de gusto. También en él he observado, así, como lo oye usted, que es lo más enamorado que se ve,

porque ya se fija mucho en todas esas chiquillas que tienen las pantorrillas en forma de cucurucho.

Sí, doctor; haciendo a su ciencia honor, ni sus ideas repudio ni sus máximas combato; mas como yo siempre estudio a la mujer en el gato, si usted en matarlo se obstina, y con perversa intención de la amable grey felina decreta usted la extinción, tendrá usted en mí después un enemigo molesto, ¡pues quitarme el gato es quitarme el libro de texto!

MANUEL SORIANO

DEFINITIVAMENTE, NO ME RETIRO

Confieso que el hecho me conmovió profundamente y me dió que pensar, ya que se presta ampliamente a la meditación, a la emoción y a todo género de sugerencias. Todo el mundo conoce el caso: un ilustre comediógrafo, gloria del arte dramático español, con nombre y fama conocidos y reverenciados en el mundo entero, con lauros y premios que significan la estimación, la beligerancia y la valoración universales, un tanto molesto y amargado con unos contratiempos derivados de los tiempos febriles y pasionales en que vivimos, y aun cuando dichos contratiempos no significan, ni pueden significar, crítica adversa de sus obras, ni menos aún de su obra, anunció su decidido propósito de no escribir más para el público.

Esta decisión, de por sí sola, ya es emocionante y sugeridora. Pero mucho más emocionante es la manera de reaccionar ante ella los particulares, los sencillos ciudadanos, los hombres ilustres, las sociedades culturales, los centros intelectuales, las casas y círculos regionales... En cuanto se hizo pública la determinación del hombre ilustre, empezaron a salir en la Prensa, en pliegos con miles de firmas, en telegramas colectivos, en cartas abiertas con firmas prestigiosas, lamentaciones y quejas contra la decisión y súplicas para que aquella no sea una realidad y quede en amenaza enfurruñada de genio merecidamente mimado.

—¿Pero qué más da—dice toda esa gente—, que más da que diga esto o lo otro? El caso es que lo diga él y como él sabe decirlo... No hay que tomarle en cuenta nada. El es él. Puede hacer y decir lo que quiera. Todo le debe estar permitido. ¿Y su historia ininterrumpida de triunfos incensantes? ¿Y su prestigio internacional? ¿Y su talento no discutido?... Ese hombre tiene derecho a hacer todas las travesuras que quiera, incluso a pasearse, si le da por ahí, en pijama por la Puerta del Sol... Y nadie debe meterse con él...

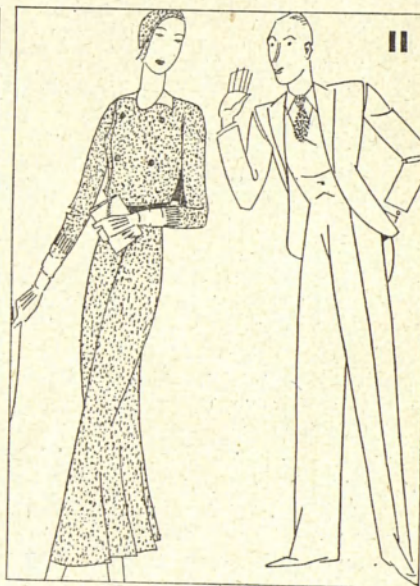
A mí todo esto me pareció muy bien. Y yo uno desde aquí mi voz a la voz colectiva que clama...

Pero, además..., caramba..., caramba... Esto me hizo pensar en un truquito. Sí, sí. La cosa era factible.

Precisamente yo, en esos días, andaba bastante furioso porque tardaban en salir unas cosas mías que guardaban en periódicos y revistas turno para su publicación desde hacía siete años y unos meses; precisamente, unos amigos me habían dicho que mi último artículo era una estupidez y

que mi último cuento lo había fusilado de una revista extranjera; precisamente, un editor no me quería dar unas perras que me debía...

Pensé y pensé... Y me decidí. Sí, señores; yo, como el ilustre, me cortaría la coleta literaria. ¡Pues no faltaba más! ¿A mí con esas cosillas y



ENCISO

- I.—¡Caray, qué mujer! Esta no me falla.
 II.—¿No tiene usted miedo a ir tan sola? ¿Ni a los autos?
 III.—¿Ni a los ladrones? ¿Ni a nada?
 IV.—Ella: No; al único que tengo miedo es a mi marido, que me está esperando en la esquina.

Dib. ENCISO Madrid.

dificultades? Ahora verían quién era yo...

Claro que el ilustre era sincero, y yo no lo era. Porque mi truquito consistía en lanzar a los cuatro vientos la noticia de mi retirada literaria..., para dar lugar a que la gente se condoliera y me obligara con sus súpticas y lamentaciones a seguir escribiendo.

Pensado y hecho. Dirigí una circular a todos los diarios y revistas de importancia, hablando de vagas ofensas, condoliéndome de confusas intrigas contra mí, mostrándome dolido y abriendo las heridas de mi amor propio. Y mostrándome firmemente decidido a no escribir más.

En efecto: los periódicos no publicaron la extensa nota. Yo me froté la mano de satisfacción.

—¡No se atreven! ¡No se atreven a dar la noticia!—pensaba, regocijándose—. ¡Saben perfectamente que va a ser tremendo! ¡Que la conmoción va a estremecer a todo el país! ¡Que la gente no se va a aguantar, que se van a lanzar a la calle, que se alterará el orden público!...

Pero yo estaba firmemente resuelto.

E hice pasar mi nota por la Administración de todos los periódicos, y en todos se publicó al fin, aunque me costó buenas pesetillas. Pero ¿y lo que me iban a suplicar después? ¿Y aquello de «Por Dios, don Gabriel, qué le hemos hecho a usted»?

Desde el día siguiente empecé a recibir cartas y telegramas. Muchos y muchas. Un montón. Y así durante

una semana. Reuní todo, y una buena tarde, con gesto bondadoso y el corazón abierto a todas las indulgencias y absoluciones previas, fui abriendo, una a una, todas las comunicaciones urgentes y alarmadas.

La primera me desorientó un poco. Era un telegrama, que decía, poco más o menos:

«Diga si está dispuesto a ratificar ante notario su decisión. Pagaremos gastos escritura. El caso es asegurarnos bien de que no volveremos a leer nada suyo. — Por la Comisión XX.»

Una fina cartulina contenía sólo esta línea interrogatoria:

«¿Será verdad tanta belleza?»

Una carta colectiva afirmaba:

«Cuando ya, hartos y desesperados de leer sus idioteces, pensábamos en emigrar a Oceanía, su determinación nos consuela y reconforta.»

Un grupo de señoritas decía, simplemente:

«Al fin, Señor, al fin. Gracias, muchas gracias.»

Un señor violento, con letra irascible, escribía:

«Me alegro, me alegro. Me ahorra usted, con su decisión, veinte años de cárcel por asesinato, con enorme ensañamiento.»

Otra carta preguntaba:

«¿Pero usted escribía? Ah, pues no nos habíamos enterado, palabra.»

Un pliego con 327 firmas prometía:

«No se vuelva atrás, no rectifique. Estamos decididos a pasarle una pen-

sión vitalicia con tal de que no escriba ni a la familia...»

Y otros varios aseguraban:

«Al fin podremos abrir los periódicos y revistas sin el temor angustiado de encontrar las majaderías que le publicaban a usted.»

Y entré todo aquel clamor unánime, vibrante, potente, exasperado, que se elevaba del montón de cartas y telegramas, sólo un señor suplicaba:

«Le ruego siga escribiendo. Si no lo hace, me mata. Padezco horribles insomnios, que únicamente he podido combatir hasta hoy leyendo sus cosas en la cama. Antes de llegar a la línea veinte estoy profundamente dormido. No creo que haya ni pastillas, ni inyecciones, ni específicos que lleguen a donde usted ha llegado en este aspecto...»

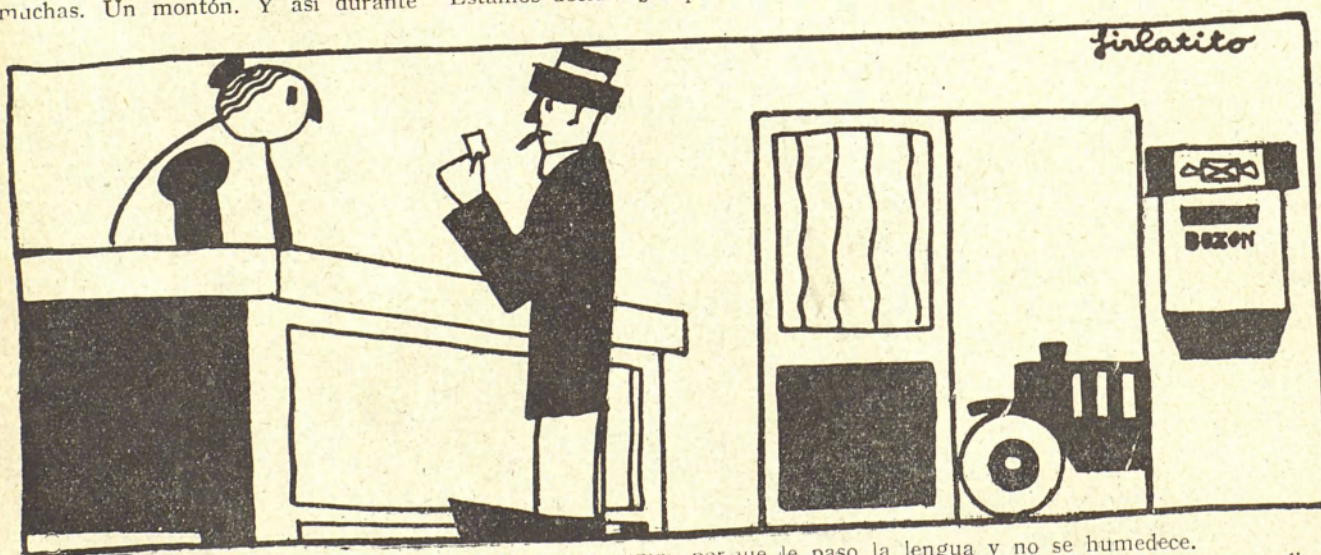
Quedé meditabundo al acabar de leer. Asqueado. Amargado. ¡Ah, qué gente, qué gente!...

Pero luego sonreí mefistofélicamente. ¡Oh, la venganza estaba en mi mano! Y la llevaré a cabo. ¡¡¡Sí, señores, sí, seguiré escribiendo!!!

Sé que la decepción, que la desilusión, que el desengaño de todos los que se creían ya libres de mi literatura será algo aterrador por lo gigantesco. Sé que causaré muchas muertes repentinas, muchos suicidios, muchos actos de desesperación violenta.

Pero ¿y el placer de la venganza?

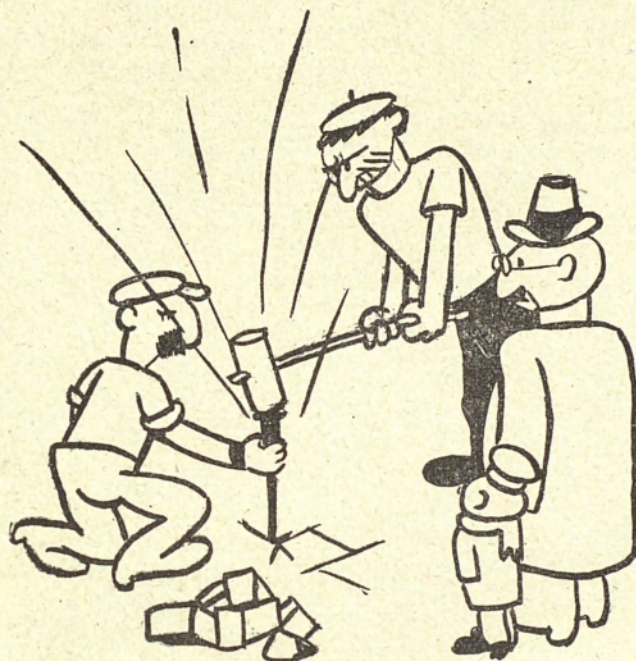
GABRIEL GREINER.



—Diga usted, estancuera; este sello no tiene goma, porque le paso la lengua y no se humedece.
—Pues se lo tiene usted que llevar, porque con usted son ya treinta los que han ensayado, y no estoy dispuesta a quedarme con él.

Dib. FILARTITO. Cáceres.

1



2



3



4



ANDA HIJO, VAMONOS, PORQUE
YA LOVES, NO LE DA EN LA
CABEZA NI EN BROMA...

TRABAJANDO

Historieta de R. Fuente, MADRID

DEL BUEN HUMOR AJENO

HISTORIA DE UN GLOTON Por EUGENIO CHAVETTE

Se llamaba el tío Borudier. Habiendo obtenido grandes ganancias en el comercio, decidió, al no tener que trabajar, dedicarse a comer el importe de todas sus rentas. Los platos delicados le repugnaban. Llamaba una «colación» a tomarse alimentos que pesaban ocho kilogramos. Al principio todo fué bien; pero a los seis meses el estómago empezó a estropearse, por lo cual el tío Borudier acudió en consulta a su médico, quien le dijo:

—Come usted solo, y por ello, de prisa. Tome usted un amigo por convidado, con cuya distracción podrá mascar mejor los alimentos...

Nuestro hombre carecía de amigos, y pensó que resultaría desagradable el sentar a su mesa un censor que

criticaría sus gustos y que en muchas ocasiones le llevaría la contraria...

El tío Borudier pensó que lo más útil sería tomar un convidado a sueldo, un sujeto al cual le retribuiría, cuya única misión sería la de acompañarle en las comidas, sin entablar discusiones. Y para desempeñar el cargo por él ideado contrató a un artista de circo...

Se reunían en un café, acudiendo seguidamente a los restaurantes más afamados. ¡Qué comidas! ¡Qué demostraciones de apetito! Aquello recordaba bastante a los pobres cristianos lanzados a las fieras del circo romano. Sin embargo, medio año más tarde, un buen día, el artista contratado reventó de un hartazgo. El tío Borudier pensó:

—¡Qué muerte más feliz la de estallar por exceso de alimento!

Otro nuevo artista de circo vino a ocupar la vacante. ¡Buen tragador! No obstante, pese a su buen diente, sucumbió al no poder tomarse un plato de sopa de verduras. Cuando, desde la ventana de un renombrado restaurante, vió pasar la fúnebre comitiva de su víctima, el rico glotón pensó melancólicamente:

—¡Qué pena que, hace ocho días, por ser su santo, le compré un sombrero nuevo! ¡Qué poco tiempo lo ha gastado!

Y contrató un nuevo luchador, perteneciente también al arte circense. Hombre joven, flaco, todo nervios. Y el drama comenzó de nuevo. Los dos combatientes se observaban, comprendiendo que estaba entablada una batalla de honor. El nuevo empleado se dedicaba a rebatir al jefe, discutía con él... Todos los meses, fingiéndose ofendido, faltaba durante tres o cuatro días a las comidas. Al quedarse en casa tales fechas, el artista se ponía a régimen de aceite de ricino. En tanto, el tío Borudier, permaneciendo solo en la mesa, comía de prisa y mascaba mal, defectos que le hacían perder terreno contra un enemigo que, al repararse en su domici-

lio, entraba en liza con un estómago fresco, reposado.

Al cabo de tres años de aquel duelo, sonó la hora del desenlace.

Un buen día que acababa de servirse el tercer trozo de una exquisita trucha, el tío Borudier echó la cabeza hacia atrás. Su acompañante, creyéndose que iba a estornudar, se guardó tras la servilleta. Pero el tío Borudier cayó de bruces sobre la mesa. Se rendía. Una apoplejía le había abatido...

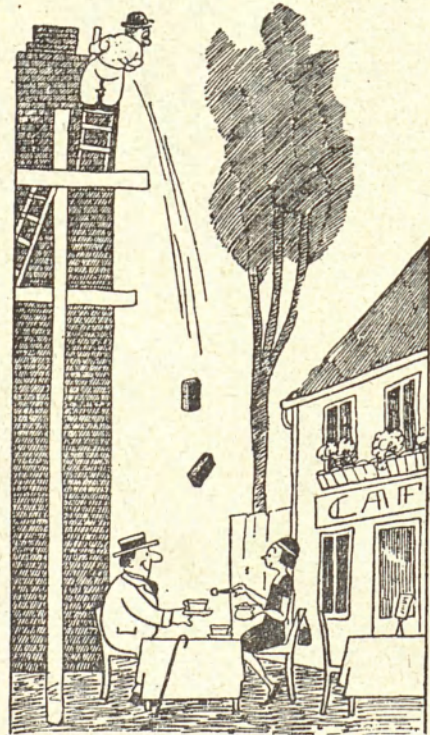
Después de dedicar algunos minutos a la alegría del triunfo, el artista de circo envolvió en un periódico el trozo de trucha escapado intacto de su enemigo. Aquello era para él la bandera arrancada al vencido, una de esas herencias de gloria que se está orgulloso de legar a los sucesores...



—Me extraña que tu madre te deje casarte con Perico, con el odio que le tiene.

—Precisamente por eso está deseando ser su suegra.

(De Everybody's.)



—¿Cuántos terrones?

—Dos...

(De Lustige Kölmer.)



Correspondencia muy particular



C. S. M. (Algeciras).

Diez versos tiene su envío titulado «El pobre juez». ¡No se ofenda, amigo mío; pero mecachis en diez!

Pepe Conforme (El Escorial).

Por sus «Versos a una chata» merece Pepe Conforme que con un garrote enorme le rompieran una pata.

Y, a ser posible, la misma con que ha escrito la intolerable y descomunal composición.

M. F. L. (Zaragoza).—Vamos a ver, en confianza y sin que nadie nos escuche: Usted, ¿con qué derecho se permite aludir al asno de Buridán?... Como no sea porque es tocayo suyo, no nos explicamos el atrevimiento... ¿Es por eso?... ¡Entonces, bueno!...

G. R. S. (Madrid).—¡Vaya usted a chuflearse de su señora madre política, si ella se lo consiente y no le atiza un mamorro escenográfico!

A. L. N. (Barcelona).—No admitimos poesías en catalán, por la misma razón que no admitimos prosas en esperanto ni damos curso a chirigotas en vascuence. Para colaborar en «Buen Humor» se suplica el relativo castellano que, con la lengua a la escarlata, son las dos únicas lenguas que a nuestros lectores les parecen de absoluta suculencia.

Baltasar de Sampayo (Valladolid).—Incongruente y algo vesánico. Púrguese y se despedirá.

P. S. A. (Toledo).—Sí, señor, en otoño caen las hojas, estamos conformes. Y cuando las hojas son de papel y están tan mal escritas como las tuyas, caen mucho más pronto, aunque sea verano todavía. O caen mucho más tarde, aunque estemos en lo más feo del invierno. ¡En fin, el caso es que caen, sea en la estación que sea, como han caído éstas!

A. R. M. (Vigo).

Sus versos «Limpido estan- [que] son más pesados que un tanque.

Y si, en vez de uno, ponemos dos tanques, quizás nos aproximemos más a la idea de la pesadez que atesoran sus asombrosas rimas.

Pacorro (Jerez de la Fronte- ra).

Su narración picaresca es un poquito brutasca.

S. M. G. (Madrid).—Que usted se haya casado, que usted haya hecho un espléndido y variadísimo viaje de boda, que en el hotel haya habido sus más y sus menos y que, en virtud de una ley fatal, haya usted asistido al bautizo de su primer rorro, es cosa que no interesa a nuestros lectores, pero que ni esto. ¡Y para qué se la vamos a referir! ¿No le parece a usted?

E. T. R. (Granada).—Hace usted mal en confiar en que su artículo se publique en «Buen

Humor», porque supóngase usted que nosotros nos negamos a publicarle, ¿y qué pasa?... Pues, sencillamente, que se va usted a llevar un disgusto sin necesidad.

L. S. V. (Palencia).—Su «Historia de una pasión» es mucho más triste que un puntapié en la rabadilla.

F. M. G. (Valencia).—No me han convencido, ni poco ni mucho (ni nada), ni la crónica que lleva por título «El ordenanza Gómez», ni «Mi familia» (es decir, la de usted), ni «¡Vaya una novia!» (¡vaya, por Dios!). Son tres cosas de una

inocencia tan sacerdotal, que ni en «El Siglo Futuro» harían gracia a sus litúrgicos lectores.

D. J. P. (Cartagena).—Su narración es demasiado olorosa para que nos decidamos a pensar en ella. Debía usted haberla escrito en papel higiénico, y nos hubiéramos prevenido.

Parejo (Madrid).—Le contestaremos a usted, si no tiene inconveniente (y si lo tiene, también), con un cantable de una zarzuela casi clásica, que dice así:

«¡Buenas noches, señores!
Yo soy Parejo.
Del pelotón de torpes
soy el más viejo.»
¡Catapún, catapún, chín, chín!
¡¡Pim!!

El de la Castellana.—¡Háganos usted el señalado favor de irse al paseo de la ídem!...

J. de D. (Bibao).—Apreciable y radical amigo: intentaremos, con todas nuestras fuerzas, aprovechar, por lo menos, un par de dibujillos de los innumerables con que en estos últimos envíos nos ha llenado usted de honor y de admiración.

Don Blas (Avila).—Brutos formidables han pasado por esta Redacción (cerca de sesenta millares), eso ya es sabido hasta en la Manchuria... Pero, a pesar de ser tan brutísimos los aludidos, usted aún lo es mucho más, querido amigo Don Blas.

P. C. R. (Jerez de los Caballeros).—Dibuja usted regularmente, pero no tanto como para alcanzar en esta casa un triunfo fulminante. Siga trabajando, y tal vez algún día tendremos la satisfacción de abrirle nuestros hercúleos brazos.

L. B. G. (Barcelona).
Cayó en el cesto cruel su narración titulada «La condesa y el corcel», porque es que no vale nada.



—¿Y dices que eres feliz con tu marido?
—Mucho; fijate si nos queremos que ya hemos retirado por tres veces nuestra demanda de divorcio.

(De Lustige Blatter.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

ENTRE PESCADORES

—¿Qué pescas?
—Sardinas.
—¿Has pescado ya alguna?
—No.
—Entonces, ¿cómo puedes asegurar que pescas sardinas?
Floro (Bilbao).

DESPEDIDA

—Pues embarco mañana, de modo que tú dirás, ¿qué quieres que te traiga.
—¡Hombre!, pues tráeme judías, que yo he oído decir que son muy buenas las judías del Barco.
Alejandro Salcedo (Madrid).

ENTRE AMIGOS

—A mi vecino Juan le han detenido por robar el dinero de los cepillos de una iglesia.
—¡Con razón me decía a mí muchas veces que él vivía de limosnas!
Ramperito (Palencia).

—¿Por qué no quieres volver a la escuela, Perico?
—Sencillamente; como el maestro es tartamudo, eso me obliga a escribir tres o cuatro veces el dictado.
Ur-Musica (Bilbao).

EN CASA DEL ANTICUARIO
—No admito más cuadros de Cristo crucificado que los de autores antiguos.

—¿Más antiguo todavía que éste llamado Inri?
M. P. L. (Madrid).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—Estoy plenamente convencido de que soy un gran orador.
—¿Tú un gran orador? ¡Si apenas sabes hablar el español!
—Bueno. Cicerón tampoco hablaba el español y fué un gran orador.
ABUNDIO (Barcelona).

ANDALUZADA

—Oye, Pepe. ¿Ha ido tú alguna vez a Madrid?
—Sí, Currito. ¿Por qué?
—Porque m'an dicho que está ahí la caye má larga der mundo. Fíjate zi zera larga que ze tarda en pazearla quince día.
—Pues chico, la verdad, yo no recuerdo que haya tal calle.
—La única que hay más larga es la de Alcalá, y se tarda

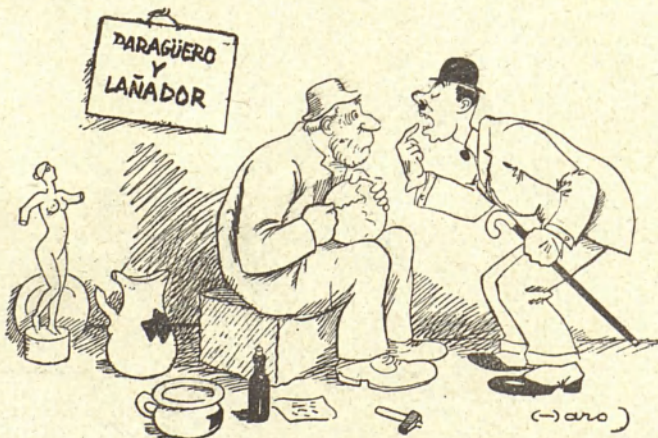
todo lo más una hora en recorrerla.

—A ti t'an engañao, porque el que me lo ha dicho a mí es una presona de repeto y le creo.

—¡Que no, hombre; que estoy segurísimo! Vamos a ver, ¿qué calle es?

—¡La caye la dó zemana, m'an dicho!

Don Picorete (Madrid).



—¿Podría usted arreglarme esta muela de porcelana que se me ha roto al cascar una nuez?

(De Le Rire.)

EN EL PARAISO TERRENAL

Adán dice a Eva, al ver que ésta está mirando con mucha atención las hojas de un árbol:

—¿Qué haces, Eva?

—Nada—contesta ella—. Estaba mirando los nuevos modelos de invierno.

Juan Cañellas (Barcelona).

Casa de las PANTALLAS

¡Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene **Romero.**

ROMERO.—Fuencarral, 68.

EN UNA LIBRERIA

Entra un obrero sin trabajo a pedir.

El librero.—¿Qué desea usted?

—El obrero.—Un diario, que es lo que me falta.

S. Terceño (Reinosa).

Lector, cuando te hablen de alguna necesidad que no la creas digna de ser escuchada, repite este estribillo lo más deprisa posible:

«A palabras necias, emitidas por laringes inconscientes, trompas de Eustaquio en el más completo estado de letargo».

Teduar (Madrid).

ENTRE ARTISTAS

Artista primero.—¿Por qué no cantas para una casa de fonógrafos?

Artista segundo.—Ya he ensayado, pero tengo una voz tan cálida que funde la cera del disco.

Maketo (Madrid).



—¿No decía usted que sabía leer?

—Sí, señor; y sé. Lo que pasa es que, como aprendí en una escuela nocturna, sólo puedo leer por la noche.

(De Scott and Whaley.)

Un obrero sin trabajo vió una cosa que flotaba en el mar; con desparpajo se tiró tal como estaba, al agua, de arriba abajo. Y poniéndose a nadar con la fuerza de un vapor, al bulto pudo llegar. El tal bulto era un señor, al que consiguió salvar. Y, en llegando ya a la orilla, al señor allí ha tenido. El se coge la perilla y le dice agradecido: —¡Tengo mucha celderilla! Ya que a mí me has salvado, bien te puedo asegurar que por fin tú habrás logrado, sin tener que trabajar, el cocido asegurado. —¡Aunque no trabaje, pierdo! —le dijo con desenfado—: pues verá, quien esté cuerdo, que, viviendo del «salvado», hago la vida del cerdo.

Suñeso (Madrid).

—Señorita, hay un joven que desea hablar con usted por el teléfono.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y yo no estoy vestida!

Thomas Gunn, Essex (Inglaterra).

El médico: —Oiga, señor Ramón: Usted tarda mucho en pagar mi cuenta.

—Es verdad, señor doctor; pero fíjese usted que también ha tardado mucho en curarme.

Pedro Grullo. Stratford-on-Avon (Inglaterra).

—¿Cuál es el animal que después de matado cambia de sexo?

—El buey, porque la carne es de vaca.

José M.ª Escobar (Madrid).

—¿En qué se parecen las taquillas del Metro a un plato de callos?

—En que pican.

L. C. (Madrid).

BUEN REMEDIO

—Doctor, ¿usted dice que hay un medio para calmar los nervios?

—Sí, señor, infalible; cácese usted y se convencerá.

Baolo (Barcelona).

ENTRE TONTOS DEL CIRCO

—¡Oh, amigo Khito! Vengo desoladísimo.

—¿Qué te pasa, amigo Tontonoff?

—Pues que mi muguer me está aguiñando. Todos los días tenegla que comprag medias, y yo no tener más dinero para compragla más medias.

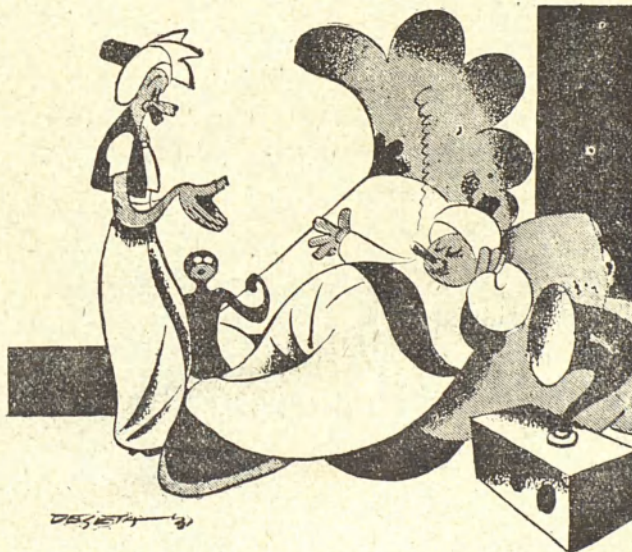
—¡Ja, ja, ja, ja!

—¿De qué te gufes, amigo Khito?

—De que egues un tonto, Tontonof. Si me das uno dugo, te doy yo un guemedio paga que nunca más te pida medias y tú quedagte taranquilo.

—Te lo doy.

—Pues vegás. A mí sucedíame lo mismo. Mi paguienta, todos los días la tenía que comprag un par de medias, y uno de los días salí decidido a buscag una solugción al conffligto, y la encontré. Me metí en un gran almacén y compré un



—Señor, ¿es cierto que ayer tarde se murió una de sus trescientas mujeres?

—No lo sé; todavía no he leído los periódicos de esta mañana.

(De El Traveso.)

CUPON

Correspondiente al núm. 518 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

glan reloj de comegor. Y así lo solucioné.

—Pues no veo la solugción.

—Ser tú mocho tonto, Tontonof. A mi muguer le pasó lo mismo. Pego yo la dije: ¿No quegias medias? Pues ahoga puedes gueunir unos cuantos pagues; pues este reloj, a cada hoga, da una media.

Alejandro Salcedo (Madrid).

EL ESPANTAPAJAROS

Doña Teresa Cabezas

gasta un bonito sombrero, adornado con cerezas, que costó mucho dinero. Y el estudiante Moriones a doña Teresa dijo: —Esas cerezas, de fijo que son para los gorriones. Mas le contestó la dama: —No hay cuidado, caballero; de tragones tienen fama, pero huirán de mi sombrero. Estando usted a mi lado no vienen los gorriones. Quedó el estudiante helado y como el que ve visiones.

León Cembrano (Madrid).

DE VISITA

La señora: —¡Ay! ¿Qué niño más mono tiene usted, señora!

El niño: —Se equivoca; mi profesor dice que soy un burro.

Navaquel (Barcelona).

—Oye, mamá: ¿Tu hermana Amalia ha tenido una niña?

—Sí, hija mía.

—¿Y tía Encarnación?

—No. Esa tiene una perrita Lulú.

—Entonces, es que tía Encarnación ha escogido antes, ¿no?

Licenciado San Román.



MARCA REGISTRADA

CANAS BRILLANTINA INDIA

Sin teñir, desaparecen usando

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. — Calle Muñoz Torrero, 6. — MADRID

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



—¿Podría usted emplear en su oficina a mi hijo?

—¿Qué es lo que sabe hacer?

—Hombre, nada; si supiera hacer algo, lo colocaría yo en la mía.

40 FOTOGRAFIAS MUY ORIGINALES, DE PARIS, ULTRAINTERESANTES

Compuesta de varios modelos de tipo ultra-moderno, constituye la colección actual más curiosa. Sólo quedan algunas series sobre papel color carne. Escribid urgentemente. Envío a todos los países bajo sobre cerrado, contra recibo de 20 pesetas en billetes de Banco, Giro postal internacional, sellos o cheque sobre París.

B. MARLÈNE Libraire

34, Rue Godot de Mauroy -- PARIS

VARON DANDY

loción

-EA, PELUQUERO!

Nada de engaños.
Deseo una LOCION

"Varón Dandy"

y para tener la seguridad de que es legítima EXIJO un frasco

(INDIVIDUAL
PRECISAMENTE)

de LOCION

"VARON
DANDY"

Haga Vd. lo propio. En la peluquería no se fie de frascos grandes abiertos previamente, pues muchos de ellos no contienen lo que Vd. desea. «VARON DANDY» no existe a granel.

Exíjalo siempre EMBOTELLADO.



Parfumeria Parena



CREMA

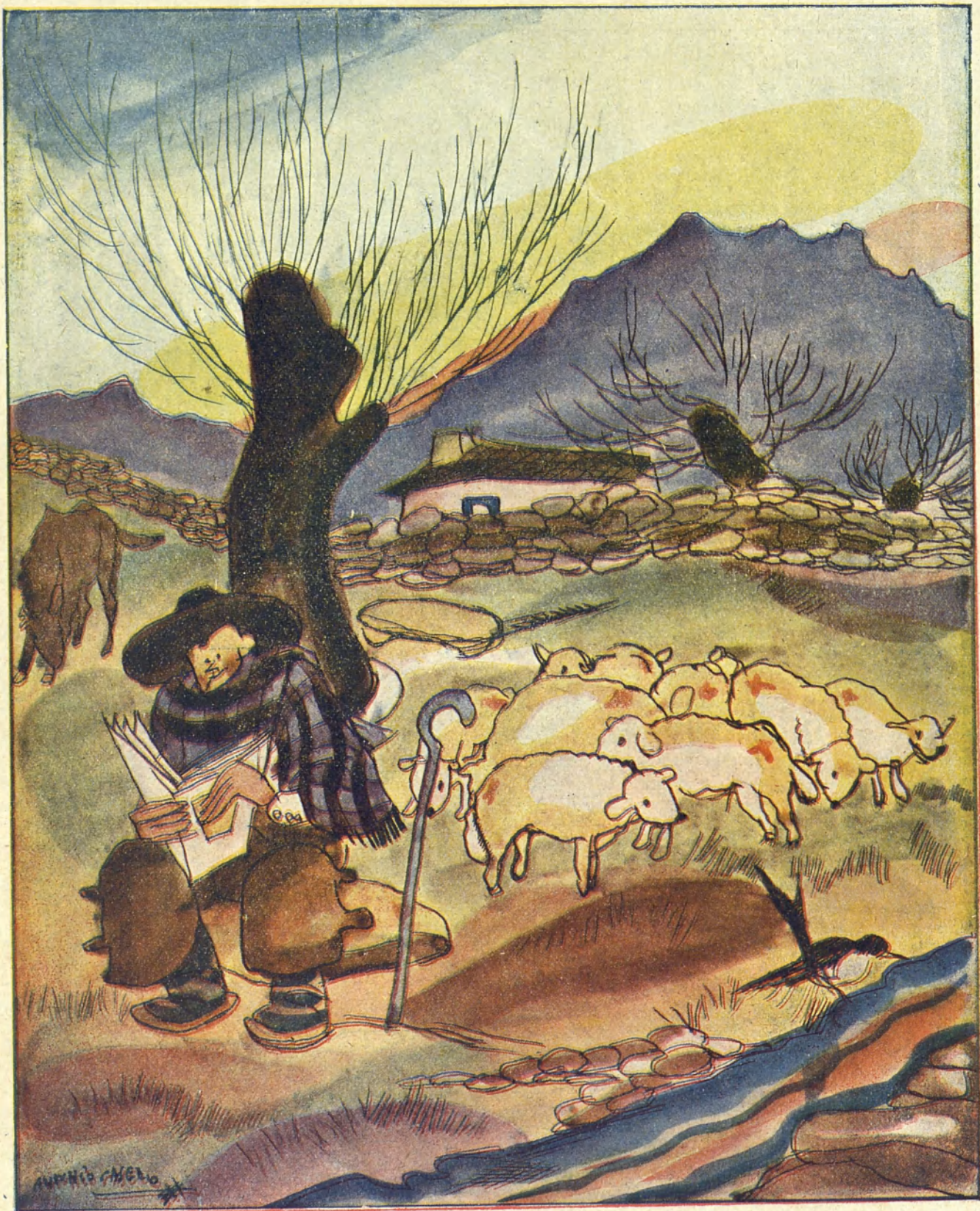
LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—¡¡Mía que haberla dao treinta y siete puñalás!! ¡¡¡Ya tié que ser listo pa saber contar hasta treinta y siete!!!!...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO. Madrid.